

Laberintos c

Por: Alberto Bonadona – Jaime Durán

Tomarle el pulso a la Banca, para determinar su situación y perspectivas, es una tarea complicada. Los informes de la Superintendencia de Bancos y Entidades Financieras o del Banco Central, por ejemplo, no facilitan la tarea y al revisarlos se corre el riesgo de no entender absolutamente nada, salvo que uno sea experto en el desciframiento de jeroglíficos económicos. Otra alternativa es la de quedarse con las conclusiones que los mismos documentos presentan, que con su efecto sedante y el arte de oscurecerlo todo con palabras que pocos entienden, pueden volcar lo negativo en positivo o viceversa.

No es casual que sea así. Es el natural resultado de la presencia de una regulación minuciosa en el sector. En el mundo se ha establecido un consenso en torno a la delgada línea que separa lo público de lo privado en la actividad bancaria. Los dueños o accionistas de los Bancos no sólo hacen negocio con su propio capital sino, también, con el que les confían los ciudadanos al abrir cuentas corrientes o de ahorro o al comprarles sus Depósitos a Plazo Fijo (DPF). Porque se trata del manejo de dinero ajeno, se hace necesario que el Estado supervise la buena administración de esos recursos.

Una de las formas de supervisión exige evitar la potencial negligencia o imprudencia en el manejo de esos dineros ajenos orientando a que no se los exponga a peligros excesivos. Situación que para la banca nacional es una gran tentación porque, en última instancia cuando los problemas asedian a un banco en particular cuentan con el respaldo del Estado y el seguro implícito que este respaldo significa. Esta conducta se la califica de riesgo moral. En este sentido la supervisión estatal tiene el objetivo claro de evitar toda clase de riesgos morales y así disminuir el riesgo que los ahorristas corren al depositar su dinero en las Instituciones Financieras y mantener la confianza en las mismas. Por sobre todas las

cosas para eso existen las Superintendencias. Esto lo saben los bancos, por lo tanto, no se necesitan grandes conocimientos de economía para darse cuenta que se trata de un “cheque en blanco”. Si quiebran, alguien más se hará cargo de la devolución de los depósitos. Para tener claras las reglas de juego del “cheque en blanco” es que se ha desarrollado una regulación rica en detalles que, por ese mismo hecho, llega a ser complicada y por ende tan ininteligible para los profanos.

Un buen número de indicadores que se manejan en la Banca apuntan hacia el objetivo señalado. Los más importantes se refieren a los que muestran la capacidad de respuesta de las instituciones a las situaciones de crisis en las que los riesgos se acrecientan. Con una lectura apropiada de ellos se puede inferir si el banco en el que se ha abierto una cuenta tiene la capacidad de devolver el dinero confiado cuando así se lo requiera.

Con frecuencia se otorga demasiada importancia a uno de los indicadores: la mora – que muestra el cociente entre los créditos incobrables y la cartera total. Ciertamente es un indicador fidedigno de la situación bancaria, pero puede mostrar una condición no siempre rigurosa, puesto que no es necesariamente cierto que si al Banco le va mal también a los ahorristas. La clave de una buena regulación se encuentra en un plan de contingencias que oportunamente responda hasta en las peores situaciones. De ahí que más allá de saber a cuanto asciende la mora – que en definitiva es un problema de los banqueros por no haber acomodado adecuadamente los créditos – lo más importante radica en saber cuánto han logrado provisionar – la cantidad de dinero que dispone para en caso de malos tiempos devolverlo a los ahorristas – y cuánto de capital propio cubre las operaciones realizadas.

Así como en otras ciencias, se necesita de puntos de referencia para decidir si algo está bien o mal (piénsese en los 36 grados de

El sistema financiero es la más preciada joya del país. Desde 1985 el país ha estado empeñado en su construcción. Los avances logrados son impresionantes, sin embargo, las últimas decisiones de política económica no contribuyen a su desarrollo. La Superintendencia de Bancos tampoco parece tener claro cual es su misión y tiende a convertirse en un mero espectador de un proceso en el que debe ser el director de orquesta.



Contables

Maquillajes en la regulación bancaria



temperatura para los médicos, si el paciente se encuentra por debajo o encima de esa temperatura se infiere la existencia o no de problemas). Los límites mínimos establecidos por la Superintendencia de Bancos actúan de similar manera. Sin embargo, ¿Qué ocurriría si se cambian los puntos de referencia? Si los médicos de común acuerdo decidiesen que la temperatura adecuada es de 34 grados, pacientes que estaban en pésimo estado, milagrosamente se igualarían a los sanos. El milagro sólo estaría en la cabeza de los curanderos y no correspondería a una situación real. Algo parecido ha ocurrido con la Banca.

Cambio de puntos de referencia

El Decreto Supremo 26981 está dirigido a que los Bancos puedan disponer de mayores recursos para otorgar más créditos. No se explican los entretelones que señalan que la garantía hipotecaria, con los nuevos cálculos que incorpora el decreto, se desvaloriza. Gracias al decreto, el banquero dispone de más dinero, puesto que le han disminuido la exigencia que tiene de "previsionar" (generar una reserva de acuerdo al aumento del riesgo del deudor de caer en mora), pero la garantía que ha recibido y ahora debe servir para la reprogramación, en las cuentas del banco se representará con un menor precio.

Esto se logra por la fórmula de previsión que incorpora el decreto. La fórmula aumenta la deducción del valor del capital de los créditos con garantía hipotecaria a un 50 %, lo que antes del decreto era 40% y antes de noviembre de 2000 llegaba a 25%. Asimismo, se debe recalcar que incluye el valor más bajo entre el avalúo de la hipoteca al momento de otorgarse el crédito y el valor del avalúo del bien inmueble en garantía determinado al valor actual o de mercado.

Tabla 1

SISTEMA BANCARIO: Previsiones y Calificaciones de Cartera y Contingente (En millones de dólares)

CLASIFICACIÓN	DICIEMBRE 2001		DICIEMBRE 2002		MARZO 2002	
1 Normales	2.369	66,6%	2.027	63,9%	1.969	63,9%
2 Problemas potenciales	441	12,4%	369	11,6%	339	11,0%
3 Deficientes*	299	8,4%	61	1,9%	52	1,7%
3 A**	NA	NA	102	3,2%	119	3,9%
3 B**	NA	NA	146	4,6%	169	5,5%
4 Dudosos	222	6,2%	207	6,5%	177	5,7%
5 Perdidos	226	6,4%	258	8,1%	254	8,3%
Total cartera y contingente	3.558	100,0%	3.171	100,0%	3.080	100,0%
Cartera y contingente computable	2.881	81,0%	2.427	76,5%	2.175	70,6%
Previsión requerida***	381	13,2%	356	14,7%	313	14,4%
Previsión constituida (específica)***	278	9,6%	303	12,5%	330	15,2%
(Deficiencia) Superávit	(103)		(53)		17	

* Corresponde a créditos de consumo y microcréditos, a los que no se aplica lo establecido en el DS 26838

** Subcategorías creadas por el DS 26838 para créditos comerciales

*** Considerando cartera y contingente computable (porcentajes expresados con relación a la cartera y contingente computable)

Fuente: Boletín de marzo de 2003, Superintendencia de Bancos y Entidades Financieras.

Antes del mencionado decreto, se promulgó con los mismos propósitos, el D.S. 26838. Se lo llamó “del palo y la zanahoria”. No hubo mucho palo y fue difícil aprovecharse de la zanahoria. Ahora la zanahoria es más grande y no hay palo. La banca nacional es la que se inserta perfectamente en los espacios creados por los decretos 26838 y 26981. El D.S. 26838 con el aumento del número de escalas para calificar los créditos de acuerdo al grado de problemas que encuentran, disminuyó las exigencias en el mantenimiento de las previsiones. Se tienen siete escalas que van de una exigencia de previsión del 1% para “créditos normales” o sin problemas hasta aquellos considerados perdidos que exigen 100% de previsión. Asimismo, dividió en A y B la escala 3 anterior de calificación de cartera. Los montos que se previsionan, no son el resultado directo de aplicar el porcentaje al monto de crédito porque previamente se deduce de éste los créditos sin riesgo como son aquellos que tienen garantía, total o parcial en efectivo, carteras de crédito con prepagado, o cartas de crédito *stand by*.

El segundo decreto se aplica a las seis categorías de riesgo que tienen los activos que poseen los bancos y que se consideran para calcular el Coeficiente de Adecuación Patrimonial (CAP). El CAP se relaciona con el patrimonio de los bancos (conformado por capital, reservas, ajustes del patrimonio, ganancias acumuladas y ganancias de la gestión) y la capacidad que este le otorga para apalancar (multiplicar) una cartera o concesión de créditos hasta 10 veces el valor del patrimonio. Cuanto más alto el CAP se supone que existe suficiencia patrimonial. Su límite mínimo establecido por la Superintendencia de Bancos es del 10%.

El paciente se encuentra en buen estado

El “Boletín Informativo” de la Superintendencia de Bancos y Entidades Financieras de marzo 2003, desenmascara los efectos de los decretos 26838 y 26981. Milagrosamente estos decretos han conseguido no sólo que los Bancos puedan disponer de mayores recursos supuestamente para otorgar más créditos, sino que han eliminado un déficit en los recursos que deben mantener por razones de previsión. Esto es en caso de que el negocio bancario no obtenga los resultados esperados (especialmente por los créditos que otorga a deudores que se vuelven insolventes) y tengan dinero para devolverlo a sus depositantes (los que verdaderamente arriesgan al confiar sus depósitos a la banca). Ese déficit hasta diciembre de 2002 llegaba a 103 millones de dólares (Ver tabla 1), a marzo del 2003 desapareció. Un extraordinario juego contable que, sin exigirle mayores sacrificios a la banca, realiza un acto mágico que la escuela de Harry Potter envidiaría.

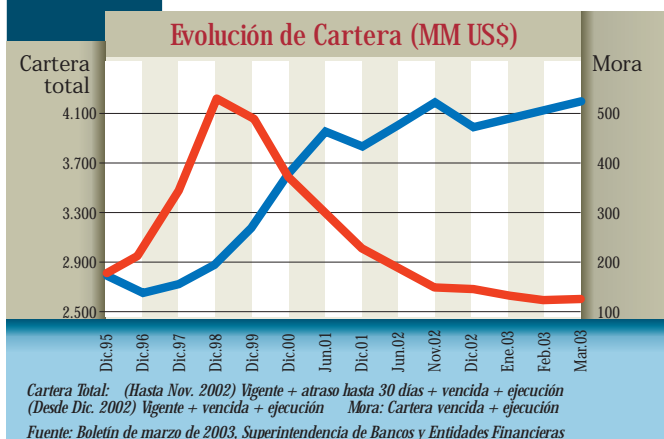
La comparación de la cartera de créditos entre diciembre 1998, de 4.200 millones de dólares, y la de fines de marzo 2003, muestra la real caída de la actividad bancaria, como también lo evidencia la mora bancaria que subió de 200 millones de dólares a 522 millones en el mismo periodo.

La Superintendencia no explica los entretelones del truco. Muestra una disminución de 81, 4 millones de dólares las necesidades de fondos de previsión, un fruto de fábula para las finanzas y economía bolivianas. Aduce los mágicos resultados a tres causas: 1.- las garantías hipotecarias se han visto incrementadas de tal forma que ahora exigen menos reservas de previsión, 2.- las reprogramaciones de los créditos con ciertos problemas de pago han permitido que la cartera (conjunto de créditos que realiza un banco) alcance mejor calificación y 3.- el mejoramiento de la calificación del riesgo de los deudores. Simples juegos contables de embellecimiento espurio.

La comparación de la cartera de créditos entre diciembre 1998, de 4.200 millones de dólares, y la de fines de marzo 2003, que llegó a 2.600 millones (Ver gráfico 1), muestra la real caída de la actividad bancaria, como también lo evidencia la mora bancaria que subió de 200 millones de dólares a 522 millones en el mismo periodo. No obstante, la Superintendencia recalca que la “disminución” de la cartera fue de 62 millones o un 2,3% con relación a diciembre 2002. Así no acentúa el verdadero problema: la caída de 1.600 millones de dólares de la cartera en 4 años y 3 meses, un desplome del 38 % ó 400 millones de dólares promedio por año.

Sí refleja el relativo fracaso de la reprogramación. La evolución del Índice de Mora (IM, que mide la cartera vencida mas la en ejecución dividida por la cartera total) de la cartera reprogramada fue de 7,3% en 2001, alcanzó a 15,8% en 2002 y el pasado marzo llegó a 20,9%. Superó así el IM de la cartera total (20,1%). Recalca que el Coeficiente de Adecuación Patrimonial se sitúa “en su nivel más alto en los últimos años con 16,49%” a marzo de este año (se exige un 10%). Efectivo resultado de la magia de los decretos mal concebidos que no se dirigen al fortalecimiento de los bancos. Un acto de magia contable que pone en gran riesgo a los recursos de los depositantes y no ayuda en nada a la economía.

Gráfico 1



Perspectivas de la Banca boliviana

Mirar desde el punto de vista macroeconómico a la Banca tiene sus problemas. Se mete en una sola alforja a las instituciones en buen y en mal estado y se saca un grueso promedio. Hay bancos que se encuentran en una muy buena situación y otros, que es mejor intervenirlos. La Superintendencia de Bancos debe actuar en este sentido. Debe tener un fuerte carácter preventivo, sin duda, se levantarán voces que criticarán las decisiones del ente regulador. Pero, como nunca antes es menester preservar la salud del sistema financiero, para ello se requieren medidas urgentes.

La Banca resistió el embate de dos fuertes crisis: la de la transición presidencial del año pasado (salieron \$600 millones de dólares) y la de febrero de 2003 (se dieron a la fuga \$200 millones de dólares). Lo logró gracias a la constelación de muchos factores, pero sobre todo, lo hizo gracias a la fortaleza del sistema de regulación, que al ser tan rígido permitió que los Bancos contasen con la liquidez necesaria en el momento preciso.

Con frecuencia se aduce que la situación del sistema financiero es el reflejo de lo que ocurre en la actividad productiva (Fernando Calvo, Nueva Economía No 489). Lo cual es cierto, pero se lo dice con tanta frecuencia, que suena más a disculpa. Si algún día, el sistema financiero se derrumba, no será culpa del relajamiento de la regulación, sino de la caída del sector productivo. Así no funcionan las cosas y la Superintendencia debería tomar conciencia que son la última línea de defensa y para eso debe estar preparada.

El camino al que debe apostar el país es el de la generación de auténticas formas de capitalización de la Banca. Para ello es imprescindible que los mismos emitan acciones a precios más accesibles a la población. Esta será una mejor forma de disponer de mayor capital para trabajar sin reducir las previsiones. Además de hacer que los beneficios de la más poderosa industria oligopolica del país distribuya, de mejor manera, sus beneficios ■